

CONSIDERACIONES SOBRE EL PECADO ORIGINAL

Conocemos las objeciones en contra de la existencia de Dios que supuestamente es todopoderoso y misericordioso pero que permite del sufrimiento de sus criaturas. Un Dios omnipotente y misericordioso no permitiría esos sufrimientos. 'Por eso, no creo en Dios'. Es lo que piensan muchos.

Pues bien, el filósofo católico Higinio Marín (en su libro *El hombre y sus alrededores*, 2013), considera que existe algo que Dios omnipotente no pueda evitar. En efecto, Dios no puede suprimir la libertad de los seres humanos porque es fiel a su palabra y no quiere irrespetar la libertad con que nos ha creado.

Entonces debemos entender las tremendas implicaciones de la libertad. Ser libres significa que podemos elegir entre decir sí o decir no a Dios. Implica que podemos poner resistencia a Dios. Eso es lo que hacemos cuando pecamos. Pretendemos ser autosuficientes y no necesitar de Dios. Por supuesto, apartarse de Dios que es la Vida supone elegir la muerte. Apartarse de Dios que es el Bien y la Verdad supone dar origen al mal y al error.

¿Cuál es la respuesta de un Dios omnipotente ante el mal uso de nuestra libertad? Dios no suprime dicha libertad, sino que, por el contrario, manifiesta una infinita disposición a compartir las consecuencias del mal uso de dicha libertad. Se ha mostrado dispuesto a compartir con nosotros el sufrimiento y la muerte.

Ese es, precisamente, el significado de la pasión y muerte de Jesucristo. Dios asumió el destino tremendo que la humanidad había obtenido para sí misma al dar la espalda a su Creador.

Vemos entonces que nuestros pecados, nos han llevado a conocer que Dios no solo es Creador, sino también Redentor.

Dios manifiesta de la forma más perfecta su poder a través del amor y la misericordia: en lugar de anular la libertad humana, la redime.

Dios creó seres que pueden volverse contra su propio Creador y, sorprendentemente, se ve movido a convertirse en Redentor de esos mismos seres rebeldes. ¿Cómo lo hace? Asumiendo él mismo el desgraciado destino humano y enderezándolo sin suprimir la libertad de sus criaturas.

Dios expresa de la mejor manera su omnipotencia con la debilidad de la cruz de Jesús. Si Dios hubiera eliminado la libertad humana, hubiera evitado el pecado, hubiere evitado los sufrimientos, y hubiera evitado la cruz. Sin embargo, sin libertad hubiera sido imposible también la respuesta amorosa de los santos, de los fieles y de los pecadores arrepentidos.

La desobediencia de Adán originó un cataclismo que afectó a toda la creación y a la relación de los hombres con Dios. Esa desobediencia fue de una enormidad tal que afecta al cosmos en su totalidad. El universo entero quedó desorientado, desquiciado por los pecados de la humanidad en general, pero muy en particular por el pecado de aquel primer hombre al que llamamos Adán.

Lo que el hombre hizo al separarse de Dios, lo sufrió el mismo hombre y también el cosmos, que desde entonces dejó de ser un paraíso para convertirse en este lugar lleno de peligros y catástrofes, desgracia y maldad.

Semejante alcance negativo del pecado nos ayudará a comprender lo que supuso de positivo la obediencia del hombre Jesús. Con su muerte y resurrección Jesucristo, pudo restaurar y reconducir el cosmos entero hacia Dios. “Eh aquí que todo lo hago nuevas todas las cosas” (Apocalipsis 21,5).

Si el mundo ya no es un paraíso, si sigue habiendo sufrimiento y muerte, es porque nos hemos alejado de Dios. Así que a Dios no se le puede culpar de los campos de concentración o la explosión de la bomba atómica. Porque lo que allí ocurrió (y ocurre hoy, por ejemplo, con tantos abortos y niños abusados) es porque hemos rechazado a Dios. Nos hemos alejado de Él. Y, como el hijo pródigo, terminamos en una pocilga.

El hecho de que nuestros pecados hayan suscitado que Dios responda acercándose a los pecadores y muriendo por ellos, es una locura divina que nuestra razón nunca hubiera alcanzado a soñar.

Por eso Jesucristo, en cuanto que es Dios y hombre es el nuevo Adán. Y, como nuevo Adán, da origen a una nueva humanidad. Y puede asumir en su acción salvadora a todos los seres humanos y al cosmos entero.

¿Qué tenía Adán que hizo de su acción algo tan decisivo? Porque ocurre que todos nacemos con una poderosa inclinación al mal. Todo empieza con el pecado que llamamos ‘original’ que salió de un hombre que gozaba de una libertad más plena en el paraíso. Por eso fue más grave su responsabilidad.

Y ¿cómo el pecado de aquél puede ser causa de la culpa en nosotros? Por qué el pecado original afectó a toda la naturaleza humana. Obviamente no se trata de un pecado propio nuestro, sino que nacemos carentes de la gracia divina. El mal que todavía padecemos los seres humanos y que incluso alcanza a personas inocentes, es consecuencia del drama misterioso del pecado que afecta al destino eterno de toda la humanidad. De ese drama nos libera la muerte y resurrección de Cristo si creemos en Él.